

Karl Edward Wagner

CONAN

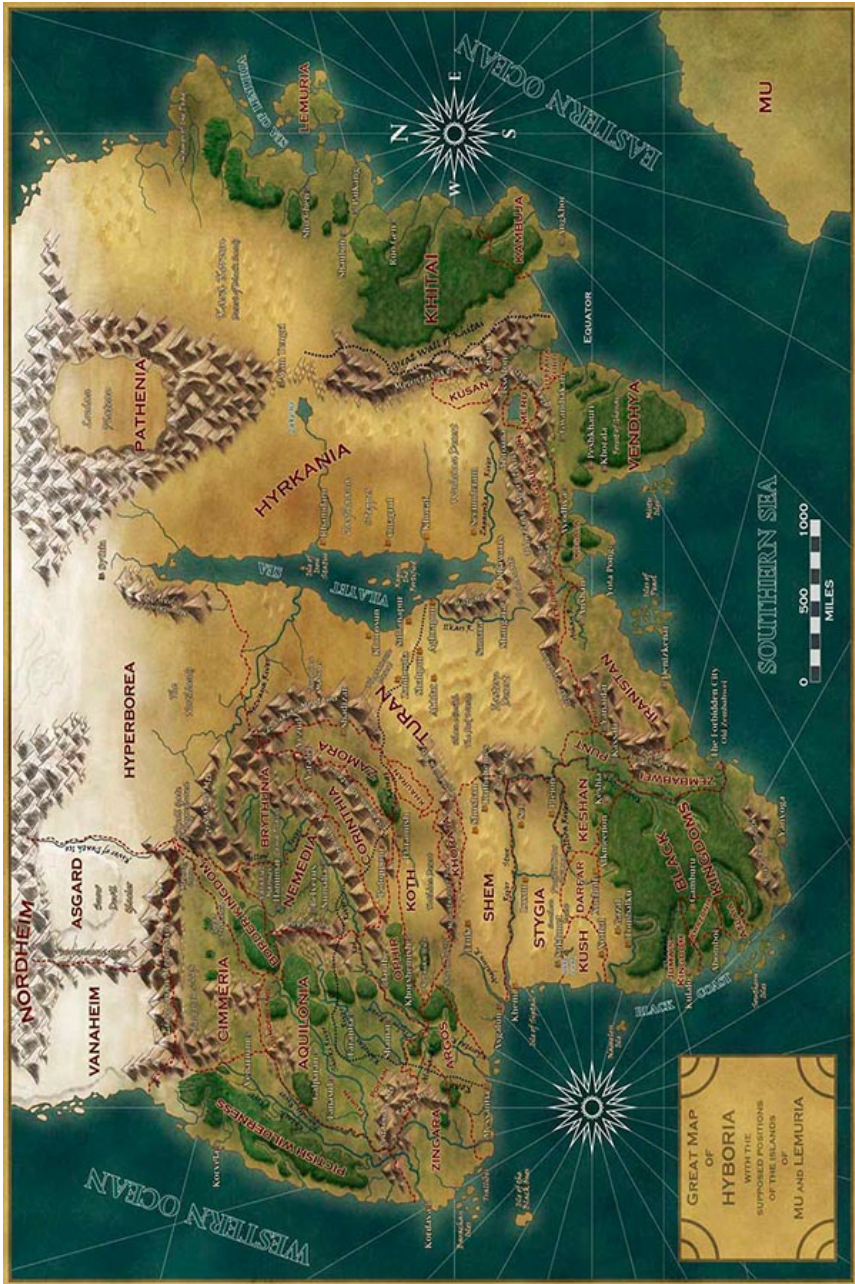
Y EL CAMINO DE LOS REYES



SERIE CONAN
14
INÉDITO

© del fondo '90

Con la soga al cuello, Conan aguarda la muerte en el cadalso. Sin embargo, el fuerte cimmerio no morirá. Cuando el áspero roce de la cuerda ya le quema la garganta, aparecen los que han de rescatarlo. Los rebeldes de la Rosa Blanca acogerán en su círculo al bárbaro. Este, una vez libre, matará a legiones enteras por ellos, sembrando la muerte con su acero entre las filas del ejército del déspota. ¡Y sin embargo, conocerá la traición, y no habrá hora tan cruel como la de su venganza!



Dedicado a Leigh Brackett

Y la canción de Shannach calló, cuando el último de los hijos de las montañas desapareció para siempre en la noche.

La guerra es el padre de todas las cosas y rey de todas las cosas; convierte a algunos en reyes, a otros en hombres libres y a otros en esclavos.

Heráclito

Prólogo

Gélida quietud y acero de diamantino fulgor.

Dos espadas centellearon a la turbia luz, en el centro de un corro de ojos sin rostro no menos implacable y brillante. Con un movimiento convulso las hojas chocaron, y desgarraron el silencio con el estrépito del colérico acero. Entonces, violentos bufidos y bocanadas de aliento, arrancados a las sudorosas gargantas de los dos enemigos. Un brusco resoplido, y contenidos murmullos por parte del corro de espectadores; los ojos sin rostro brillaban de excitación. Y la espada se enfrentó de nuevo a la espada: la muerte se mecía en el acero; con paciencia, sin remordimiento.

Los dos hombres que allí peleaban tenían poco más en común que la mortífera destreza con que ambos blandían su arma.

Uno, que iba llevando cada vez más la mejor parte, claramente tenía más años, y su destreza en la esgrima probaba que la hoja zingaria, recta y larga, no resultaba extraña a su puño. Algunas vetas grises realzaban su cabello negro y liso, y su barba rala, aun cuando tuviera el rostro marcado por unas pocas cicatrices ganadas en duelos. Las cicatrices se veían tenues y difuminadas, pues habían pasado muchos años desde la última vez en que la espada de un oponente tocara el rostro. Sus calzas de color borgoña y el jubón de terciopelo de excelente hechura ponían de relieve su constitución magra, de músculo compacto, y firme aplomo. A modo de blasón, en la manga derecha, llevaba el águila negra —la insignia de los Luchadores de Korst, el regimiento

de elite del ejército zingario— y, debajo de esta, las estrellas de oro gemelas de capitán.

El otro hombre era más joven: probablemente, no superaba la mitad de los cuarenta y tantos años del capitán. Con todo, paraba la espada de su oponente con estudiada destreza, que más propia hubiera parecido de un espadachín veterano que de un joven temerario. Su estatura sobrepasaba en algo a los seis pies de su oponente, y era considerablemente más corpulento. Como iba desnudo hasta la cintura, sus fuertes hombros y su amplio pecho aparecían con su oscuro bronceado, roto aquí y allá por cicatrices: marcas de la batalla, y rasguños con los que había ido educándose su diestra en la esgrima. Una melena sudorosa de cabello negro le caía sobre el rostro duro, bien afeitado. Vestía el pantalón de cuero de los bárbaros del norte, y más apropiada parecía su mano para un pesado sable que para la espada zingaria, ligera, de puño y medio, con doble filo.

Se hallaban en el centro de un corro de soldados, que se apretujaban para contemplar su duelo. La mayoría de los presentes vestía los colores borgoña y dorado del Ejército Real de Zíngara, así como el águila, que era la insignia de los Luchadores de Korst. Codeándose con ellos había hombres de otros regimientos, así como una variedad de guerreros de improvisado y poco vistoso equipo: soldados de las compañías de mercenarios de Zíngara, como el propio joven. En torno a ellos, el oscuro recinto de los barracones militares; las cotas y los bagajes habían sido arrumbados a las paredes para hacer sitio.

Todos miraban a ambos rivales con el rostro tenso; los ojos expertos no perdían detalle del duelo. Poco antes, los barracones habían estallado en gritos y vítores, y se habían intercambiado frenéticamente apuestas y maldiciones. Pero entonces, los duelistas habían dado inicio a una exhibición de mandobles y acometidas, paradas y contragolpes, que les dejó boquiabiertos. Tanta era la emoción que ya no po-

dían expresaría verbalmente. Los espectadores, que compartían la tensión del duelo, contenían el aliento y aguardaban; los dos combatientes estaban agotando su aguante, y se miraban, a la espera de que el otro cometiera un error decisivo.

Ambas espadas bastardas habían catado la sangre en tiempos recientes. Un corte leve, que no entrañaba peligro alguno, sangraba en el antebrazo del hombre más viejo, donde el acero del otro le había herido tras resbalar por las guardas de su espada, con una acometida que a punto había estado de arrancarle de la mano el puño de la espada. Pero el joven perdía sangre por un par de tajos en el costado izquierdo, y una herida más profunda que tenía en el hombro parecía haberle paralizado la siniestra; eran marcas de tres ataques que le habrían alcanzado el corazón si él se hubiera mostrado solo un poco más lento. Tal vez la aviesa sonrisa y las enrojecidas narices del hombre más viejo, que persistía, confiado, con la intención de matar, se debieran a toda la sangre que su enemigo estaba perdiendo. El joven no sonreía, y la cólera le inflamaba los ojos; no daba muestras del dolor y la fatiga que por fuerza debía de sentir.

De nuevo los aceros acometieron, entrechocaron, retrocedieron. Sin hacer pausa alguna en su ataque, el capitán arremetía de nuevo tan pronto como retrocedían las espadas, eludía por debajo y por el lado la guardia del otro con el ímpetu de su ataque, lo hería en los prietos músculos de la cadera.

El joven gruñó de dolor, y se apartó violentamente. Se le dobló la pierna. Se tambaleó; apenas si podía mantenerse en pie. Su desesperado contraataque resultó torpe, y carente de fuerza.

El largo duelo tocaba a su fin. El círculo de ojos ardía, perdido el aliento. Saboreando ese medio segundo de absoluta atención, el oficial decidió acabar con su maltrecho oponente con el mandoble directo al corazón que tenía por característicamente suyo.

Pero el joven no actuó deportivamente. Medio agachado, acometió hacia arriba, agarrando la larga empuñadura con la mano de su herido brazo izquierdo para ganar en fuerza. La punta de la espada se clavó en la ingle del hombre más viejo, y siguió empujando hacia arriba. El capitán, que se había apostado para descargar su coup de maitre, cayó entre un revoltijo de entrañas y reventado pulmón.

Un largo, sofocado grito de incredulidad, y luego una confusa salva de exclamaciones.

El hombre, con los ojos vidriosos, les miraba, caído en el suelo del barracón. Un joven de ojos inflamados le devolvía, feroz, la mirada, al tiempo que el oficial perdía la vida por sus heridas.

En lo que dura un latido de corazón, nadie se movió.

Entonces, el hombre que se hallaba en el suelo se estremeció con un último espasmo, y sus estertores de muerte terminaron entre el súbito tumulto de los gritos entusiasmados y las maldiciones, el sordo rumor de codazos y el tintineo de las monedas. El joven apoyó en el suelo la ensangrentada punta de su espada, y se sostuvo sobre la empuñadura. Manaba sangre brillante de su cadera, pero no emitió sonido alguno, salvo el de roncas aspiraciones con las que trataba de tragar aliento.

Se tambaleó; los nudillos de las manos con las que se aferraba al puño de la espada palidieron; se le iban las fuerzas. Un par de camaradas mercenarios —con los limosneros repletos de monedas que acababan de ganar— se apresuraron a prestarle sus hombros. Los ojos del joven brillaron salvajemente —pues aún tenía en el corazón el furor de la pelea—, pero se apaciguó al reconocer a sus compañeros. Se apoyó en ellos, al tiempo que un tercer soldado sacaba un jirón de venda y trataba de atajarle el flujo de sangre que le manaba de la cadera.

El tumulto, de súbito, cesó con espanto. Los soldados se apresuraron a pagar sus apuestas, e, inquietos, fueron

con sigilo hacia las salidas. Un débil murmullo se difundió por el barracón:

—¡El general Korst!

El joven alzó la cabeza, y echó una hostil mirada al ver que el corro se dispersaba.

Seguido por algunos de sus oficiales, el comandante supremo del ejército zingario, el propio general Korst, entró en el barracón. Korst era hombre de poca estatura, robusto, y su cabello negroazulado y constitución fornida atestiguaban la mezcla de sangre shemita con la de su padre zingario. Que el hijo de una puta del campamento y de un soldado zingario desconocido hubiera ascendido hasta el generalato del clasista ejército de Zíngara daba fe de la capacidad de Korst.

El general abrió mucho los ojos, luego los entrecerró, al tiempo que estudiaba el destripado cadáver. Pensativo, se acarició la muy cuidada barba.

—¡Ah, capitán Rinnova! ¿Así, por fin, se cruzó tu espada con la de alguien capaz de vencerte? Él no ha matado atravesando el corazón, cierto, pero, con todo, has muerto, a pesar de la tosquedad de tu asesino.

Miró al joven herido. Al encontrarse con los ojos imperturbables del general, los que lo sostenían trataron de apartarse. El joven se tambaleó al desaparecer sus amigos, pero logró permanecer erguido y devolver la mirada.

—¿Ha sido tu arma la que ha destripado al capitán Rinnova?

—Yo lo he matado, ciertamente —respondió el otro con un gruñido—. Y en justa lid. Pregunta a cualquiera de los que están aquí.

El general Korst asintió.

—Cuesta creer que alguien se haya enfrentado con la espada al capitán Rinnova y viva para jactarse de ello, y aún cuesta más si este es un mercenario bárbaro. Pero como tú mismo dices, todos pudieron verlo. ¿Cómo te llamas?

—Conan.

—¿Procedente de las tierras del bárbaro norte, supongo?

—Soy cimmerio.

—¿Cómo tiene esas heridas? —Lo había preguntado a los camaradas de Conan, que, nerviosos, trataban de escabullirse.

—Esos cortes de las costillas son leves; le ha atravesado claramente el brazo. Ha perdido mucha sangre por la herida de la cadera, pero la espada no le ha alcanzado la arteria principal.

—Bien —dijo el general Korst a sus hombres, al tiempo que asentía con la cabeza—. Vivirá lo suficiente para que podamos ahorcarlo. No me importa el motivo de la pendencia, Conan de Cimmericia, no se le permite a un mercenario que destripe a un oficial del Ejército Real de Zingara.

Conan respondió con un rugido, se acercó a Korst con pasos vacilantes, y los Luchadores de este se interpusieron.

El bárbaro llegó a matar a dos antes de que todo el grupo se le arrojara encima y lo dejara inconsciente de un garrotazo.

—Perdemos un buen soldado —dijo Korst cuando se llevaban a Conan—. Pero estos bárbaros tienen que aprender disciplina.

1. El Patio de Baile

El sol matinal brillaba, brillaba demasiado para unos ojos que no habían visto otra luz que la de las antorchas de los guardias de la prisión durante incontables días. Más benigna hubiera sido una mañana gris, pero aquella no era una mañana de benignidad. La cuerda de prisioneros cerraba con fuerza los ojos para protegerlos del resplandor; iban sin ver, dando traspiés, hacia el cadalso que les aguardaba. Cuando hubieron cruzado el patio de la prisión, pudieron ver ya las narices curiosas y la eufórica multitud de espectadores.

Conan miró la horca de soslayo; de cara al sol de la mañana, vio a contraluz una soga negra, siete cuerdas de cáñamo que colgaban como mugrienta telaraña del travesaño. Le llegó a la nariz el punzante aroma de la carroña, que se desprendía de los cadáveres putrefactos de criminales ejecutados la semana anterior, a los que habían dejado colgar en el patíbulo hasta que siete nuevos compañeros fueran llevados a bailar con la muerte. El olor se mezclaba con la sudorosa fetidez de la muchedumbre expectante.

Una punta de alabarda se hincó en su espalda.

—¡Subid allí, carnada de cuervos! —bramaba uno de los guardias de la prisión.

Conan masculló una obscenidad y siguió adelante, arrastrando los pies. Enmarañada la cabellera, sin haberse afeitado, entorpecido por los pesados hierros que le sujetaban por muñecas y tobillos, el cimmerico, sin embargo, andaba sin cojear. Durante el mes que había pasado en los

calabozos de Kordava, sus heridas habían ido sanando, aunque más por su salvaje vitalidad que por los cuidados de sus guardias. Esa misma vitalidad le había permitido aguantar la degradación de la cautividad con el ánimo incólume, con la cabeza alta.

Como una bestia salvaje en cautiverio, Conan se había lamido las heridas, y había esperado la ocasión de huir de su jaula. Con sigilo, para que el ruido no alertara a sus guardias, había pasado las noches agazapado, frotando los eslabones de sus cadenas entre sí, y contra la piedra, en un intento de librarse de las pesadas anillas que le sujetaban manos y pies. En cuanto se hubiera liberado de sus grilletes, aún tendría que sortear los barrotes de hierro de la celda y la atenta vigilancia de los guardias. Con estos, ya se enfrentaría en su momento. Conan solo había pedido una ocasión de liberarse, de vengarse de sus carceleros; aunque fuera precaria. Pero la ocasión no llegó a presentarse. En aquel momento, mientras los compañeros de cautiverio andaban hacia el cadalso, la enfurecida mirada del cimmerio estudiaba la abarrotada plaza, y buscaba con desesperación en sus mientes algún medio para burlar en el último momento al verdugo.

El patio de la prisión —en Kordava lo llamaban el Patio de Baile— hedía por el gentío que se daba empellones en aquella mañana del día de mercado. Cada semana llegaban en manada a la capital de Zíngara desde las ciudades y pueblos e invadían el mercado con sus mercancías y sus gritos: productos de las granjas del interior, mercancías de los gremios urbanos, pescado, y exótica mercadería que llegaba por el Océano Occidental. ¿Qué mejor, para acrecentar el jolgorio de un día de mercadeo, que ofrecer gratuitamente el espectáculo de una ejecución en el Patio de Baile?

Un ondulado mar de apretujados cuerpos, de rostros esrutadores; todos los ojos se volvían hacia los siete condenados que andaban penosamente entre el apiñado gentío,

hacia el cadalso. Siete hombres, que no parecían muy distintos de los centenares de camaradas suyos que habían ido allí a disfrutar de sus últimos momentos. Siete que danzarían para ellos. El gentío no se mostraba hostil para con aquellos hombres, pero tampoco comprensivo. Estaba expectante, impaciente por el espectáculo que iba a comenzar. La bestia no habría levantado sus mil brazos para salvar al condenado de su destino; en todo caso, habría aullado, encolerizada, si se le hubiera negado la prometida diversión.

Abriéndose paso entre la muchedumbre, los buhoneros y saltimbanquis pregonaban su mercancía. Más discretos con sus hurtos, los ladrones y rateros merodeaban cual chacales cautelosos. Algunos braseros portátiles que echaban humo a causa de los espetones de carne y verdura que se acercaban a la parrilla... le recordaron a Conan que hacía un día que no comía.

—¡No desperdiciamos comida con la carnada del patíbulo! —le había dicho con sorna un guardia cuando, por la mañana, habían ido a su celda.

El guardia había tenido que pagarlo con un diente roto después que le quitaran a Conan los grilletes que lo mantenían sujeto a la pared.

Al instante, los mangos de las alabardas habían vapuleado al cimmerico hasta hacerle perder el sentido.

—¡Por eso —había dicho el guardia, al tiempo que le escupía a Conan, en la cara, sanguinolenta espuma— tendrás que esperar a ser el último! Verás como las otras ratas patean al extremo de la sogá, y entonces te izaremos con calma para que puedas enseñarnos los nuevos pasos que hayas aprendido de tus camaradas.

Aquello, con todo, representaba una cierta victoria para el cimmerico. A los otros prisioneros les habían quitado las esposas, les habían puesto las manos a la espalda y se las habían atado con una cuerda. Los guardias, prudentes con el poderoso frenesí guerrero del bárbaro, prefirieron no co-